

Pregón de la
Semana Santa de
BAENA
Año 2.010

Padre,
me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea, te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo.
Lo acepto todo,
con tal de que tu plan vaya adelante
en toda la humanidad y en mí.
Envíame aquel Espíritu que movía a Jesús.
Me pongo en tus manos enteramente,
sin reservas,
con la confianza absoluta,
porque tú eres mi Padre.

Arropado en estas divinas palabras quiero hoy decir a mi pueblo que lo ame, que lo busque, que lo alumbre con su cirio y sus promesas, que lo lleve en sus hombros o en su costal, pero que no lo vuelvan a matar.

Que la llama del cirio no sea infierno para su evangelio.
Que el incienso no ahogue su palabra.
Que el oro y la plata que lo adorna no borre lo que Él vino a decirnos.
Que el Nazareno no alumbre a dioses falsos.
Que las promesas no sean moneda que lo vuelva a vender a ese Judas en que se han convertido muchos de nuestros pueblos, que prefieren pagar a cambiar sus vidas.

Sr. Alcalde, Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías , Reverendo Párroco, familiares, amigos y paisanos.

Hoy es sin duda uno de los días más felices de mi vida. Hoy os puedo asegurar que creo cada vez menos en la casualidad. Y digo esto porque no puede ser casualidad que dos expresiones tan singulares de pregonar nuestra Semana Santa tengan una raíz común. Una misma fuente del conocimiento, un vínculo que tan presente está en todo el desarrollo de los próximos días. Me estoy refiriendo a mi querida Plaza Vieja.

Bastante de cuanto os quiero contar lo aprendí en esas calles. Lo aprendí, al igual que nuestra querida pregonera Lourdes, grabando en mi memoria de niño aquellos personajes que deambulaban de aquí para allá por mi barrio. Cuantas veces me asomé a mi puerta para ver subir a Jesús, cargado de penas que redimir de baenenses que sin dudarlo un momento habían depositado en Él su último recurso. Hoy he podido comprender que Él nunca nos falla. Él siempre está. Somos nosotros los que nos apartamos a veces de su protección por no sé que dudas y teorías.

Cuántas veces comprobé que el Huerto de Getsemaní, el humilde Prendimiento, el camino del Calvario, la muerte y la Resurrección de Jesús hacían estación de penitencia por mi barrio. Por el barrio de mi querida antecesora. Desde aquí quiero reivindicar que San Francisco, San Bartolomé, la Plaza Vieja, son cuna de cofrades sinceros. Cofrades que desde su niñez reciben el influjo de tantas devociones procesionando por sus calles.

Así pues, querida Lourdes, quiero agradecerte de todo corazón la semblanza que has hecho de mi persona, que conociéndote, sé que está forjada desde el cariño que tú y tu familia me profesáis y que

agradezco públicamente. No merezco tanto y por ello, desde este mismo instante voy a intentar no defraudar tu confianza ni la de todos estos queridos paisanos que hoy asisten al que ya dije, es uno de los días en que más feliz me siento, pues colma algunas de mis grandes debilidades de este mundo: en primer lugar mi Fe en la Resurrección de Jesús como única justificación a tanto dolor en la Pasión. También me hace feliz por cantar mi Semana Santa. Los que me conocen saben que la llevo en mi corazón y procuro vivirla con intensidad y devoción. Y como no podía ser de otra manera, por permitirme que me sienta un privilegiado entre vosotros.

Privilegiado porque no se puede tener un auditorio más entrañable al que abrirle mi corazón dejando que mis palabras inunden este magnífico Teatro, justo un siglo después del año inicial que lo corona, con el único propósito de poner color, sentimiento y calor a todo lo que va a acontecer en esta próxima semana, que como todos sabéis cuenta sus días al revés. Más bien los descuenta del glorioso momento en que venciendo a la muerte, Jesucristo quiso mostrarnos el modo en que debemos comportarnos para llegar hasta el Padre. No debemos quedarnos con todo el sufrimiento que Él padeció, pues todo estaba escrito y le esperaba la recompensa de la salvación de nuestras almas.

Por ello y por sentirme premiado con este momento, quiero agradecer la confianza que esta Agrupación de Cofradías y Hermandades ha depositado en mi persona. Confianza que espero no defraudar.

También doy gracias a las personas que me han infundido el espíritu cofrade dentro de mi Quinta Cuadrilla de Judíos Colinegros. Rodeado de ellos aprendí los valores que hoy ostento y que supongo habrán influido en la elección de mi persona.

Tampoco puedo olvidarme de mi comunidad parroquial. Esa es mi segunda familia. Mi familia en la Fe cristiana. De ella aprendo cada día a ser un buen seguidor de Jesús. Ellos me enseñan que todo lo que ahora os voy a contar ocurrió por algo. En ellos reconozco el esfuerzo por proclamar la Palabra de Dios. Hoy aparecerá muchas veces.

Agradecer también la comprensión de mi familia en la confección de este pregón. Tantos momentos de ausencia con la única excusa de exprimir hasta la última gota de mi corazón en la redacción de éstas humildes palabras. A mi madre que seguro, desde el cielo, estará orgullosa de la semilla de la fé cristiana que en su día puso en mi alma.

Sin más preámbulos, doy comienzo.

Semana Santa, mezcla de dolor y de gozo. Penitencia y redención. Duelo y fiesta. Remembranza de la Pasión. Muerte y Resurrección de Cristo. Religión, arte, tradición y fé.

Baena, mezcla de pueblo y nobleza, tradición y modernidad, forma y fondo. Únelos y pon a prueba tus sentidos:

Abre tus ojos a la imponente figura que corona el paso. Al color de las túnicas y de las flores. A la ténue luz de la vela. Al rito de todo un pueblo. La viva imagen de la Pasión.

Déjate envolver por el quejido del penitente. Por el compás de los pasos sobre la piedra. Por el gemido ronco y claro del tambor. Por el susurro del viento al doblar la esquina. Por el cantar profundo del hombre.

Aspira la esencia, olor a incienso, a cera, a flores, y olor a siglos de existencia. Olor a Baena en Semana Santa.

Siente el peso de la tradición, la fuerza de la fe, el apoyo del hermano. Como uno más. Siente la Pasión.

Este pudiera ser un esquema de todo cuanto quiero decir hoy. Considero que la Semana Santa en Baena se vive con los sentidos. Entra en nuestra alma y despierta un sentimiento que no he descrito antes, ese sentido especial para Baena no es otro que **el deseo**, el deseo de que comience cuanto antes. Deseo de recorrer un año más nuestros bonitos rincones. Deseo de poner de inmediato nuestro corazón en manos de nuestra hermandad. Deseo de llevar a hombros a nuestras devociones. Deseo, en definitiva, de vivir intensamente estos días que ya vienen.

LA CUARESMA

A veces pienso que para muchos de los aquí presentes la Semana Santa no tiene siete días, sino que en muchos casos comienza el mismo Lunes de Pascua, cuando iniciando el ritual de guardar los arreos para una nueva cita, vamos forjando proyectos para el año venidero

Cada año con el Cabildo de Carnaval, sentimos la llamada a lo más profundo de nuestro corazón, de nuestra memoria, de nuestros mayores que un día nos enseñaron el camino que conduce a la hermandad. Algo nos dice que Baena se transformará de inmediato. El colorido asoma a nuestras mentes tras el gris transcurso del invierno.

Cuanto antes, hacemos balance de todo lo que vamos a necesitar para acudir a la cita ineludible de la Pasión. Serán días intensos en sentimientos. Aflorarán otro año más los valores que nos impulsan en nuestras vidas. Seremos más Hermanos si cabe. Arrimaremos el hombro por nuestras devociones. No nos pesarán las horas y trabajos que requiera nuestra hermandad.

Es como si el mensaje de Jesús apareciera de pronto, sin darnos cuenta. Impregnados de este espíritu cofrade somos capaces de dar lo mejor de nosotros sin pedir nada a cambio. No alcanzo a imaginar cómo sería este mundo si este escenario de ayuda y camaradería se hiciera presente en el resto del año, otro gallo nos cantaría.

La Cuaresma huele a cómoda, a baúl, a perfume de naftalina. Cómo definir ese momento en que la madre saca con manos delicadas la túnica para ver cómo le quedará a su hija. Esa hija que ya el año pasado creció un poquito y habrá que sacarle algo. ¿ Donde encuentro el terciopelo de nuestra hermandad ? que mi hijo sale este año...El cirio lo tenemos que comprar o me lo entregan el en cuartel?. Recurriremos a costureras y bordadoras, siempre con las prisas de última hora, pero todo se arregla en su momento.

Este tiempo de preparación tiene un singular exponente en la figura del Judío, pues son muchos los arreos que tiene que poner en marcha. Deberá analizar cuales de ellos ha de renovar. Es tiempo de talabarteros, latoneros y carpinteros. Artesanos que harán posible esa transformación de tanto baenense y que proyectará la imagen más singular de este pueblo y que ha permitido, en gran medida, obtener los reconocimientos oficiales de que goza nuestra Semana Santa.

También en la Cuaresma tendrán lugar las reuniones oficiales de las hermandades, citas con la historia que con mano experta describe el Secretario para que nada quede en el olvido del tiempo. Cuánto de Semana Santa se aprende de las actas. Es en estas asambleas donde se puede obtener el consejo de ese hermano que con el paso del tiempo conoce la solución de la duda. Casi nunca se equivocan.

En este punto quiero hoy abrir una ventana al futuro. Una ventana por la que se puedan asomar tantos y tantos cofrades jóvenes y que tanta falta hacen en nuestras hermandades. En la juventud reside el atrevimiento, la frescura de ideas, la transformación. Pero ello no debe darnos miedo. Serán estos jóvenes cofrades los encargados de perpetuar nuestra Semana Santa. Así pues, hermanos mayores y cuadrilleros, en vuestras manos está ayudarlos en esta transición. Ayudadlos con un consejo y no con una imposición justificada en la tradición. Conducidlos con mano amiga hasta el lugar que les ha de corresponder en el futuro y convertirlo en presente cuando ello sea posible.

Y tú, joven cofrade, no rechaces este compromiso con tu hermandad, deja esa cómoda actitud de que sea otro quien tenga la responsabilidad de escribir tu futuro semanasantero. Da un paso al frente con humildad y arrima el hombro. Pasado el tiempo serás tu el siguiente relevo.

Así pues, a la hora y el día convenidos, al tronar de los cohetes, hacemos nuestra primera estación de penitencia. Nos disponemos a asistir al Miserere, que en su definición es un encuentro con el Señor en el que imploramos su misericordia.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Como parece estar escrito en la tradición, cada miserere encontraremos a las mismas personas en las mismas esquinas. Siempre el saludo cariñoso, cargado de una frase no pronunciada que estrecha ese lazo cofrade que tanto amamos. Y al final del recorrido, el premio, que no es otro que postrarnos ante Jesucristo o su Madre, para hacer balance de nuestra vida. Para renovar un año más nuestro fervor, y de camino dejar en sus manos algún asunto difícil que tengamos que resolver en nuestro día a día.

Nunca podré olvidar el primer miserere en que, de la mano de los maestros de la escuela de redoble, mi hijo garabateó al Nazareno estos compases que suenan a Baena.

Cuando la cuaresma va llegando a su fin, asoma en nuestra Semana Santa otro oficio al que ahora quiero destacar. Hoy quiero rendir el justo homenaje que merecen las camareras de nuestras hermandades.

Alguien dijo una vez que "vestir una imagen es rezar con la mirada, las manos y el corazón."

No puede ser más acertada la expresión, y cuán orgullosas se deben encontrar estas personas, que sin estar visibles el día de la procesión, han tenido el privilegio de hacer estación de penitencia a solas con ella. Ofrecerle todo para hacerla feliz. Entregarla a los cofrades con orgullo y no orgullosas. Viendo como se aleja con ella una parte de su alma.

La cuaresma, como dije al principio, tiene en su tramo final la razón de ser de este pregón. La Semana de Pasión necesita ser narrada una y mil veces. Serán matices, datos y colores lo que la harán diferente cada año, pero en el fondo todo ese inmenso escenario que aconteció hace ya casi dos mil años, siempre tiene las mismas figuras. Siempre lo mismo. Siempre el único mensaje. La salvación de nuestras almas es posible y Jesús nos enseñó el camino.

Un camino que ahora recorreremos paso a paso, a veces con alegría. Otras veces será la pesadumbre la que nos acompañe. También aparecerá el cansancio y el abatimiento en la fe.

El calvario culminará en la oscuridad de la muerte del Enviado Divino. Pero esto no es el final. La Luz, se hará entre nosotros para mostrarnos el premio el último día, que como ya dije es la resurrección de la verdad, como ejemplo para nosotros, mortales, de que debemos tener confianza de que todo en nuestras vidas siempre será mejor si caminamos con Él. No solo en esta Semana Santa que vamos a revivir, sino durante toda nuestra vida, pues para ello, en la Cruz fuimos salvados.

DOMINGO DE RAMOS

Esta historia de salvación comenzó un domingo con la llegada de Jesús a Jerusalén. Una llegada humilde, aunque su fama le precedía, lo hizo a lomos de una borriquita y acompañado de niños portadores de ramas de olivo.

El pueblo que fue cautivo
y que tu mano libera
no encuentra mejor palmera
ni abunda en mejor olivo.
Viene con aire festivo
para enramar tu victoria,
y no te ha visto en su historia,
Dios de Israel, más cercano:
ni tu poder más a mano
ni más humilde tu gloria.
¡ Gloria, alabanza y honor !
¡ Gloria y honor al que viene en nombre del Señor ¡

Hoy aquí, en mi querida Baena, rebuscando en mi interior me traslado a mi infancia. Al rescate de aquellos días en que por primera vez tuve contacto con la Semana Santa. Aunque eran otros tiempos siempre se me representa un día luminoso y alegre en el que el orgullo de padres asoma por todas partes. Como queriendo prolongar en el tiempo la infancia ya transcurrida, nos apresuramos a preparar los arreos y vestimentas a nuestros hijos, enseñándoles el camino que han de seguir en el futuro, y como no, marcándoles los valores de la hermandad a la que casi nada más nacer, en Baena, se apunta a los hijos.

En este escenario infantil tiene lugar en Santa María la Mayor la Misa de Ramos, en la que se proclamará el Evangelio que da comienzo a la Semana de Pasión.

El olivo y la palma se unen para dar la bienvenida al Hijo de Dios. Y Jesús, montado en su humilde borriquita, pasea su bendición por las calles de nuestro pueblo.

Este día procesiona la primera cofradía de nuestra Semana Santa, la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalen, la que conocemos por "La Borriquita", y que año tras año aumenta sus filas de hermanos que no entienden de colas y colores, sino de valores como la sencillez y la humildad, tan presentes ese día en nuestras calles.

LAS VÍSPERAS DE LA PASIÓN

Seguirán a esta cofradía los últimos misereres cuaresmales. Misereres que irán dibujando en nuestras calles la Pasión que ya se avecina. El olor de la pólvora de los cohetes irá dando paso al olor de las flores y de la cera. Casi sin querer, ese Jesús que entraba triunfante en nuestras vidas, parece buscar su destino. Ese implacable y duro destino marcado por el Padre. No lo elude, ni esquivo el dolor que se avecina. Todo está escrito de antemano. Tan solo debe padecer por todos nosotros. El camino será descorazonador; hasta sus amigos le abandonarán. Pero aún así, Él sigue hacia delante. Nos encontraremos en las vísperas de la Pasión.

Al amanecer del miércoles se produce en Baena una de sus más singulares metamorfosis. Los primeros rayos del día se multiplican al rebotar en el metal dorado de los cascos de los judíos. El cielo parece temblar al sonido altivo de sus tambores. Se apagan las luces de la noche y comienza en Baena el ritual de "echar las cajas", que no es otra cosa sino que salir a la calle a proclamar lo que ya llega, con la mejor de las plumas que tiene todo judío baenense, con su tambor.

SOY JUDIO

Sería allá por el año 1978 cuando por primera vez tuve un contacto directo con mi hermandad, la Quinta cuadrilla de Judíos Colinegros. Por aquel entonces nada me hacía presagiar mi amor por nuestra semana santa.

Nunca pude calcular hasta donde se puede llegar a sentir todo aquello que envuelve a mi cuadrilla. La Quinta, como tantas veces oí decir no solo a mis cuadrilleros, sino a tantas personas que con orgullo, que a veces rozaba la presunción, compartieron conmigo en tantas y tantas asambleas, misereres y cuarteles de semana santa, todo un espíritu que manaba de tiempos de D. José Gan, primer cuadrillero de nuestra etapa y que dio un gran impulso a los oficios y tradiciones del judío moderno.

El judío, figura singular cantada de tantas maneras y con tantos ángulos por describir y que se ha convertido en estandarte de nuestra semana santa.

No seré yo quien relate hoy el discurrir, a veces anárquico, a veces orgulloso y en todas las ocasiones de sentido apego al número que señala su cuadrilla. Esta reseña ya se hace, y con buen criterio por la Primera Cuadrilla de Judíos Colinegros, en lo que viene siendo el Pregón del Judío.

Tampoco quiero hacer especulaciones a cerca del nacimiento de esta figura singular de Baena. Doctores tiene la Iglesia.. lo cierto es que aquí estamos desde hace ya bastantes años

La dualidad Coliblanco-Colinegros y viceversa también ha hecho correr ríos de tinta y acaloradas discusiones, que en la mayoría de los casos ha terminado con una copa de vino y un recuerdo de tantos y tantos años tocando ese instrumento musical que lejos de

apalearlo acariciamos desde el momento en que lo montamos cada año hasta que lo ponemos "cifrao", con o sin reventona, a gusto de cada uno.

Por eso lo que sí que quiero proclamar a los cuatro vientos es que soy judío.

Judío de la cabeza a los piés.

Mi plumero morao, da color a tantas imágenes como tengo almacenadas en mi memoria. Morao es el vibrar de mi plumero cuando vigila desde el varal el rostro herido de mi Nazareno, mañana de Viernes Santo.

Forjada con cincel artesano y sensibilidad de artista, mi celada es mi prisión. Mi rostro encarcelado ante la presencia real del Cuerpo Divino, tarde de Jueves Santo, me recuerda que debo romper las rejas de lo material, vivir junto a El y recorrer su camino de salvación.

Por el dolor del que ha muerto, mi cola es negra. Ella me recuerda nuestro pecado, trenzando en eternos liñuelos el amor al Padre, y la pena de su Madre.

Chaqueta roja bordada por manos delicadas, me recuerda el sacrificio que sufrió el enviado divino. Tanto nos quiso Dios que nos envió a su hijo, haciéndolo sufrir hasta la muerte, sin otro propósito que mostrarnos que en su Cruz fuimos perdonados. Su roja sangre quedó para siempre impresa en nosotros.

Bordado sobre fondo morao y con hilo de oro, manos piadosas
derramaron un Cinco. La quinta es mi cuadrilla, la que tanto quiero y
tanto respeto.

Prendido de mi garganta mil colores me hacen presumir de la
elección que hoy ha hecho alguien que ama tanto como yo a los
judíos. Mi pañuelo es su legado y mis toques la acompañan.

Baquetas, de encina catalana, son mi motor. Ellas transmiten
mis emociones. Pronto comenzaran a tocar a sufrimiento y luto, pero
llegara el momento en que aparecerá el redoble claro y luminoso.
Entonces serán campanas de gloria a Jesús Resucitado

Y para el final he dejado, a conciencia, mi tambor. El es mi voz.
Mi timbre, mi identidad. Sin él sobra todo lo anterior. Cuantos
tratados se habrán escrito y contado sobre la manera de hacerlo
sonar: templado y rajando por arriba y por abajo. Con parche de
plástico o chivo abajo y lomo o nalga arriba. Con la vuelta cordel,
esperando darle unos palos para echarle la reventona. Son tantos los
cuidados que requiere que cuando más bueno está, es
cuando.....cuando mejor suena.

En fin, como dije antes,

Soy judío de los pies a la cabeza
plumero que mece el viento
mañana de Viernes Santo
sobre dorado metal, mi cola es negra.

De la fuente de la Quinta bebo
Mi pecho ensancha cuando te nombran
Recuerdos de Gan me acompañan
Y me transportan al Cielo

Chaqueta, pañuelo, baquetas..
estas son mis compañeras
cuando ese miércoles santo
por Baena, tus calles besan.

Mi tambor,
Mi tambor toca en deuda con el Amor
Amor divino enviado
Amor tras orar, Prendido
Amor que fuiste Humillado
Amor que al Calvario sube
Amor que en la Cruz expira
Amor que en Sepulcro yace
Amor que a su Madre entregó
Amor, roto y desconsolado
Amor que traerá la Luz
Amor que ha Resucitado.

Todo estaba escrito. Y siguiendo el camino inexorable del mandato del Padre, Baena la tarde del miércoles santo se encamina a su Huerto particular. Al compás de la centuria romana de los Mohinos, a los que seguirán todas las hermandades, Baena se dispone a recogerse en oración. El lugar de encuentro tiene un bastión en la Cruz de Jaspe. Esta cruz esquinada será notario del fraterno encuentro de judíos coliblanco y colinegro. Y los sayones vigilantes, harán cumplir la tradición. Esa noche, el convento de San Francisco será coliblanco.

Quiero detenerme un momento en este lugar. El convento, lugar que además de recogimiento en oración, las Hermanitas nos muestran cada día, con sus hechos, cuales deben ser el primer y segundo mandamientos que Dios nos hizo llegar. Además de amarlo

sobre todas las cosas, hacen del cuidado a los ancianos el mejor reflejo de amor al prójimo.

Al amparo de la tradición más que de la cronología de la Pasión, y siguiendo a la centuria romana, San Diego es portado a hombros por sus hermanas. Hombros que un día nos enseñaron que la devoción no entiende de sexos.

A semejanza del arroyo Cedrón, el Marbella deja de fondo, su sonido de angustia. El rumor de sus aguas apremia a Jesús del Huerto a iniciar su noche eterna. Su noche traicionera. Su noche en vela, esperando cumplir su destino. Trajecillos blancos lo portan, simbolizando, tal vez, el inmaculado rostro del Cordero delatado.

Un beso fue la señal. No pudo sentir más tristeza ni más seguridad al mismo tiempo. Prendido y azotado, las calles de Baena penan al toque de lastimeros tambores roncós. Tambores que no quieren azotarlo. Tambores bravos que claman la traición consumada.

Más tarde, cuan ídolo satirizado, manos atadas, caña al hombro, y cubierta su desnudez por túnica encarnada, nuevamente ultrajado, Jesús es asomado a la ventana de nuestros corazones. Es la viva imagen del sufrimiento. Qué ironía, la salvación debía pasar por la Santa Cruz, debería morir para darnos una nueva vida. La vida en la Fé.

Y qué decir del dolor de la Madre. Rodeada de cirios prendidos y olor a claveles tempranos, ella sufre en silencio la conjura. Su bello rostro se inclina hacia nosotros. Nos indica que con su sufrimiento ya hubo bastante. Nos brinda su corazón roto de dolor como bálsamo de nuestros males.

Alertan los olivos la agonía,
vigilan conmovidos, los terrones,
las súplicas y lágrimas, temblores
del Hijo bienamado en rebeldía.
¡Qué noche tan cerrada! ¡Qué porfía
entre el quiero y no quiero! ¡Qué sudores
para beber el cáliz de dolores
que su Padre, temblando le ofrecía!
Y duermen los discípulos, Dios mío,
no se enteran de nada, más lejanos
que los propios olivos, como ahora.
Llorando dijo Sí: quiero y confío,
el cáliz beberé por mis hermanos.
Y el reloj de la gracia marcó su hora.

Duerme si puedes Baena. Duerme que pronto vendrá la mañana.
Que el Jueves vendrá repleto de amor, amor entre hermanos. Amor
fraterno se dice. La gran verdad. El más grande mandamiento.

JUEVES SANTO

Como si de redimir sus penas se tratara, los judíos que anoche
prendieron a Jesús, son los que hoy confiesan sus pecados. San
Francisco de nuevo se llena, ahora de negras colas, de penitencia y
de perdón.

Comenzada la tarde se acerca la hora marcada, la Hora Santa,
para dar comienzo la celebración del Triduo Pascual, más conocido
como Los Santos Oficios, que en esta tarde comienzan con la misa
vespertina de la Cena del Señor del Jueves Santo, día de
reconciliación, memoria de la eucaristía y pórtico de la pasión.

Especial importancia tiene el Lavatorio de los Pies, que nos muestra el rostro más humano de Jesús. Arrodillado, toalla al cinto, irá lavando los pies, uno a uno a sus discípulos. Mediante este acto nos indica que la grandeza humana no reside en el poder ni en juzgar al prójimo, sino en la capacidad de servirlo.

Finalizados los Santos Oficios del Jueves, Baena se viste de color para ver desfilar por sus calles la Visita a los Sagrarios, más conocido como el desfile de las Estaciones. Una a una las cofradías de nuestra Semana Santa se apresuran a visitar cada uno de los Monumentos que han quedado expuestos en los templos durante la celebración de los Santos Oficios. Se diría que con cada reverencia de los hermanos se acepta la presencia real del propio Jesucristo consagrado en la Eucaristía y depositado en el Sagrario.

Se acercan las nueve de la noche. Ya se escucha el tumulto junto a las murallas del castillo. Santa Marina se convierte en pretorio improvisado. Es la hora convenida. Solo hace falta la señal que delate al enemigo. Al comienzo un sentimiento de culpa invade a Judas, duda y retrocede. Solo faltarán más monedas, lo material se hace presente para culminar la traición. El dedo acusador no aparece. Pero todo estaba escrito. Un beso en la fría noche se encargará de enardecer a los judíos que, banderas al viento, claman por su botín. Es hora de ajustar cuentas. Hay que acallar La Palabra. Casi en volandas Jesús es prendido. Sus manos atadas no podrán ya ser bálsamo para nuestras heridas. A su lado dormita un mayordomo de los míos, alguien que entregó su vida en un prendimiento temprano. La Pasión sigue su curso en la noche oscura del alma.

Sus discípulos se asustan, le dan la espalda. Los Apóstoles ocultan su rostro, como sintiendo vergüenza de su actitud. Ni siquiera

en el abrazo fraterno tienen consuelo. Pedro, el elegido, le negará tres veces antes que el gallo cante.

Lo que sigue es la viva imagen de la humillación. En el patio de Pilato, sobre una piedra, la mano en el rostro cansado, Jesús repasa todo cuanto le acaba de suceder. Más escarnio no cabe.

Humildes lamentos ya suenan,
verdes en la noche negra,
son almas que procesionan,
tambores del sufrimiento que ya se acerca.

Es mi segunda advocación,
ellos son mis Cebolletas.
Mi alma de judío cedió un trozo
a esa Humildad que representan.

Pronto te darán tu Cruz, para que cargues con ella y sientas el dolor que te espera. En Baena, esta noche faroles iluminarán tus pasos, aunque de sobra conoces el camino. Camino del dolor hacia nuestra salvación. El perfume del incienso se mezclará con el azahar en la muralla. Esta noche también caerás al suelo. Pronto se hará la mañana.

Tras la cruz viene San Juan, que esta noche viste también de verde, es la noche de la esperanza. Fue su amigo del alma, y de cerca va siguiendo ese triste caminar. Tomando nota de todo, viendo el dolor en su rostro, que más tarde publicará con pluma de Evangelista.

Para cerrar el desfile no podemos encontrar a nadie que sepa sufrir en silencio tanta injusticia cometida. Alguien que en su

momento asumió que alguna vez le perdería. Alguien que dijo Sí, sin dudarle ni un momento. Obediente y madre a la vez, su Hijo se le marchaba. Pero nunca, nunca, nunca, ella perdió la Esperanza.

¡Solo, muy solo, te vas a quedar!

¡Y no te quejas!

¡Qué triste fue la traición!

¡Y lo sabías!

¡Tuvo que ser de noche!

¡Y solo hizo falta un beso!

¡Brazos inertes, caídos!

¡Ya estabas preso!

¡Humildad, cuanta humildad!

¡En ese rostro cansado!

¡Gotas de sangre, lavan tu cara!

¡Perlas que brillan, la luna es llena!

¡Ya nada falta para que en tu hombro

repose la Cruz Verdadera!

¡Ya no te dejará, cuando el sol se haga!

¡Tócala, siéntela. Qué amarga compañera!

Cerca de ti, muy cerca. Juan, tu amado amigo.

En su alma pusiste amor. Amor humano.

Ese amor del día a día. Lo llevaste de tu mano.

Tan cerca de ti, que de tu muerte, el fue testigo.

La que nunca te dejará, en tu noche más amarga.

Ella que tanto te cuidó. Ella es nuestra esperanza.

¡Esperanza de San Juan. La Madre

por las calles de Baena, dolorosa avanza!

COFRADÍA DEL SANTO CRISTO DEL PERDON (Silencio)

Jesús siempre da el ciento por uno, y por ello después de la Pasión que estaba viviendo, esta noche en Baena, rodeados de silencio, Jesús nos perdona a cada uno. En su lento caminar Él va recogiendo, una a una nuestras cruces, nuestros pecados, y quedándose para sí nos invita a iniciar de nuevo el camino de la Verdad.

Por las angostas y frías calles de la Almedina, con el penitente sonido de las cadenas, el lamento ronco de la caja nos pide silencio.

Alumbrado por faroles, El Santísimo Cristo del Perdón hace su estación de penitencia de un modo muy peculiar, muy íntimo diría yo. Este camino doloroso se realiza recordándonos el vía crucis que en su día Él recorrió por nosotros. En cada estación los fieles que le acompañan parecen sufrirlo junto a Él. Parecen compartir su Cruz. Ya lo dice el lema de esta cofradía: "coje tu cruz y sígueme".

En este discurrir de penitencia, sin un sitio exacto para precisar, la oración sube de tono. Son ahora muchos más tambores los que llaman a silencio. Es una hermandad que, adelantándose en el tiempo de la Pasión, rinde honor al crucificado que ya viene. Se dicen judíos arrepentidos, condición necesaria para ser perdonados. Rítmico palpar de sus tambores. Se cruzan los enlutaos.

! Noche de perdón. Noche silenciosa i
! Qué fácil decirlo. Cumplirlo es otra cosa i
En lo alto, en lo más alto de mi pueblo
con el alma sobrecogida, Cristo te perdona.

i Ámalo i ¡Quiérello i esta noche sé su compañero.
Catorce ocasiones tendrás. i En silencio i
Saca de ti tus miserias.
Muéstraselas, sé sincero.
Vía Crucis doloroso, sigue con Él, no lo dejes
haz que su perdón sea tu encuentro,
Siente en tu hombro a Jesús,
ese que va en el madero.

VIERNES SANTO

i No se puede dormir esta noche,
Él está despierto !
hay que intentar no dormirse,
hay que bajar al Convento
que allí está Jesús por amor, no muerto,
esperando ese momento en que
volvamos a ponerle la cruz,
porque es fácil venderlo.

Ya se acerca la hora señalada, ya son casi las seis. Ya toca
hacer cumplir la sentencia. Ya pronto el Nazareno nos mirará uno a
uno y pronto nos bendecirá, que para eso fue su condena.

Romanos, saeteros y poetas anuncian ya la salida.
Los corazones revientan.
Lágrimas en las mejillas.
Ruegos que no cesan.
Si tu pudieras Dios mío.
En el cancel del convento,
a las seis, llora Baena.

Inicia su triste caminar hacia su inexorable destino. Ya le han precedido esa multitud de fieles que con su luz quieren hacer su camino más llevadero. Hace frío y no es por noche, sino porque deja helado tanta espina y esos hombros que arrastran la cruz con fuerza. ¡Qué maestro!.

La Hermandad de la Vera Cruz nos deja ejemplo de ello, y encabeza este desfile doloroso. Lleva en su extremo superior un pelícano, como signo visible de la misión que ha traído al mundo el Salvador. Jesús, como pelícano divino, nos alimenta con sus propias entrañas, con su cuerpo y con su sangre.

Tras esta hermandad, Los Romanos del Centurión van despejando el camino . Basta con echarles una mirada y podríamos situarnos en aquella Judea de hace dos mil años. Gastadores, cornetas y tambores que hoy anuncian con pena lo que se avecina. Acordes lastimeros que en la Aurora traspasan el corazón de los fieles que ya esperan al Nazareno.

Un poco antes, en la Cruz de Jaspe, uno tras otro, los Profetas, ellos por los que habló Jesús, se incorporan a la cofradía con un saludo peculiar al Nazareno. Dura será la mañana para el Maestro, por ello nueve símbolos se elevan a la mirada compasiva del Cordero. Símbolos que se harán martirio en manos humanas. Peso, dolor y cansancio nos recordarán cuanto sufrió Jesús aquella triste jornada.

Ya no caben más preámbulos. Ya su rostro se divisa, al subir la Puerta Córdoba, Jesús, el Nazareno.

Qué fuerza tienes, Nazareno,
qué bonita que es tu cara,
que Dios mas hombre pleno.
¡Bendita sea tu morada!
Y benditos sean los tuyos
que han puesto plata en tus pies,
oro en tu Cruz y lirios en tu calvario.
Ellos son tus cirineos.
Unos con fuerza y amor te portan,
y otros, en oración te acompañan.

Cuantas emociones se podrían contar desde los corazones de los baenenses cuando se acercan a Jesús en San Francisco. Historias alegres, relatos de duelo, de amores, de trabajo, de salud, de padres y también de hijos.

Padre apúntame a esa hermandad
Padre, para cuando yo sea grande.
Quiero ser como tú,
quiero ser su compañero,
quiero llevarlo en volandas,
quiero acompañarlo hasta el cielo,
quiero decirle de cerca
Padre, aquí tienes a tu cirineo.

A semejanza del Maestro, treinta y tres cruces recorren su camino en esta amarga mañana. Son penitentes que, como alguien dijo, van pisando las huellas de su Divino Maestro. Rosario en mano y cruz al hombro, en silencio de oración, hasta el calvario suben Los Nazarenos.

Si de seguidores se habla, ahora al Nazareno le acompañan sus discípulos. Son doce, capitaneados por San Pedro. Ellos son los Apóstoles, que de nuevo se nos muestran en la Pasión de Baena. También para ellos hay, esta mañana, un momento especial. Ese momento en que su fraternal abrazo sellará para siempre el compromiso de llevar la Palabra de Dios a todas partes.

Esta Palabra es una, pero fueron cuatro los que la narraron. Mateo, Lucas, Marcos y Juan, ellos son los Evangelistas. Cuatro maneras de contar un solo mensaje. Un mensaje que no podía ver la luz en aquel tiempo. Y una vez más Baena, dibuja de un modo singular lo acontecido en la Pasión.

En este contexto, a lo largo del recorrido, con la complicidad de los judíos, van escenificando "El Paso". Representación teatral, si cabe, de la persecución judaica a que fueron sometidos los Evangelistas en su tarea de contarnos cuanto sucedió en la vida de Jesús .

Sin perderlos de vista ya se acercan la banderas. Rojas banderas, con crespones morados que anuncian la llegada de la muchedumbre.

Pueblo que clama sin cesar.
Pueblo que quiere prenderlo.
Pueblo que al son de sus tambores
no pierden de vista al Nazareno.
Ellos son los Judíos.
Ellos son mis colinegros.
Ocho cuadrilleros los mandan,
Cajas y banderas al centro.
Bastones que el ritmo marcan,
frenético sonar de miles de cajas al viento.

Y ya en el Paseo, como pidiendo perdón por ello, reverencian al Nazareno. Hincan rodilla en tierra y reclinan la cabeza.

Tras su Rey ya se vislumbra otra hermandad. Ya vienen los Magdalenos. Sus rojas capas van recogiendo las gotas de sangre del Divino Cordero. Al fondo de las dos filas, alguien llora. Rubios cabellos el viento mecen. Rostro miedoso. El suplicio ya se acerca.

Ella es María Magdalena. Lleva en su mano el cáliz en el que, según las escrituras, fue recogiendo la sangre de Cristo en este camino del calvario.

Ahora le sigue otra valerosa mujer. Ahora viene la Verónica. Sudor y sangre. Miedo y vida. Juntos caminan hacia la cruz. Cuando se mezclan el sudor y el miedo, aparece la angustia. Eso es lo que limpió aquella mujer atrevida en el rostro de Jesús: la angustia que produce la certeza de la muerte. Y la impotencia y el caos que se producen en el corazón del que la vive. Es lo más humano de Dios cuando se hace hombre.

Aquella mujer, Verónica, pasó a la historia por poner sus manos a disposición de Dios. Él que había tocado, aliviado y curado a otros, ahora era aliviado por unas manos frágiles pero atrevidas: las manos de una mujer.

Estos calificativos valerosos nos acercan a la Hermandad que ya llega. Paso lento, rostro cubierto y que nos dejan unos momentos de reflexión. Ahora pasan Las Virtudes. Entre ellas camina mi precursora, y yo no podría superar aquella exposición que nos hizo desde el cariño y el conocimiento sincero de los valores que nos deben impulsar en nuestra vida cristiana.

Tan solo recordar que comienzan con las teologales: fé, esperanza y caridad. Ellas tienen una relación directa con Dios. Y les siguen las cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, éstas más relacionadas con el bien hacer de nuestros actos.

En el camino del calvario, para más sufrimiento si cabe, también acompañó a Jesús su amigo. Su discípulo amado, se dice. También debía comprobar tanto sufrimiento innecesario.

Como no queriendo comprender el destino predicho, los hermanos de San Juan, golpean y golpean sus tambores, como diciendo ¿ porqué Señor ?, ¿ porqué ?. Más tarde encontrarán la recompensa de la visita que en el Paseo, el Nazareno les hará, y ellos inclinarán el trono del apóstol en señal de sumisión y aceptación del mandato divino.

Pero si este es dolor de hermano, qué decir del dolor de la Madre. La Virgen de los Dolores, esta mañana se diría que , La Dolorosa.

Ella que un día dijo Sí, hágase en mí según tu Palabra. Ella que lo vio crecer llenando sus días de cariño. Ahora lo encuentra roto, destrozado, ultrajado y próximo a su muerte. Aquel corazón de Madre se vio atravesado por una espada, siguiendo la profecía.

Este recorrido hasta el Gólgota, María lo realiza a hombros de sus hermanos y consolada con el entristecido son de las marchas que le brinda su agrupación musical, como bálsamo de sus heridas.

Será la última en llegar al Paseo, pero será aclamada y venerada por tantos fieles que ven en ella el camino para llegar hasta

el Redentor, que ya descansa cerca, a la espera de su final en la tierra.

En este marco incomparable se van desarrollando el auto sacramental del génesis, el sacrificio de Isaac en manos de Abraham, de nuevo el prendimiento de Jesús, y se proclamará la sentencia de muerte, que más tarde se ha de cumplir.

Y de vuelta al convento, de nuevo se inicia su lento peregrinar, y durante todo el camino la emoción y la esperanza renovada de su divina protección se dan cita para verlo, para mirarlo a la cara, para rezar junto a Él.

Por las calles de Baena
triste pasa el Nazareno,
con esa cruz tan pesada,
le acompañan sus cirineos.

Ya vas en tu procesión,
todo en silencio y en calma,
y todos tus fieles hermanos,
con sus túnicas moradas,
en sus hombros a Ti te llevan
y Tú bendices sus almas.

¡ Un momento costaleros !
quiero contemplar su cara,
llena de sudor y sangre,
afligida y destrozada.

¡ Bendícenos Nazareno,
a tu pueblo que te ama !.

Ya comienza la tarde, la tarde enlutada, y por ello la celebración de los Santos Oficios se centra en el misterio de la Cruz, símbolo de sufrimiento y redención. Destaca la narración de la "La Pasión del Señor", según San Juan. Relato compartido entre varios y dibujando los escenarios de la Pasión: Huerto de los Olivos, interrogatorio religioso, interrogatorio político, crucifixión y muerte. En la Cruz se cumplen las Escrituras.

Durante esta celebración ya se oye en las calles el acto de la recogida de las parroquias, que convergerán en la Iglesia de Guadalupe. De ella saldrán esta noche todas las escenas de la muerte del Señor.

Al abrirse sus puertas emerge, una vez más, la Vera Cruz, el Sagrado Leño, que nos muestra en sus brazos la unión de las personas con el Señor, en el que emerge del suelo y sube hasta el cielo.

Sus hermanos visten el luto que ya se impone. Portan un patíbulo entre sus brazos, y durante el recorrido nos recuerdan las tres caídas de Cristo en su camino doloroso.

De un calvario rojo emerge el Cristo crucificado, el Cristo de la Sangre.

" Y lo crucificaron" dice el Evangelio. Y no añade más. Ni pinta la escena. Ni describe los detalles. Basta un solo verbo: "crucificar". No hace falta más. Todo está dicho. Es imposible apretar más tortura en una sola palabra. Inútil tratar de enunciar muerte más bárbara.

A tu paso te miramos y te amamos. Sentimos que más que un crucificado y maldito eres un imán irresistible. Desde que los cuatro

soldados romanos te clavaron en la cruz, eres izado en alto, el centro del universo, el estandarte hoy de nuestro pueblo.

Cuando bajas la cabeza, antes de expirar, míranos que estamos aquí en el corazón de María. ¡ Qué angustia y que Piedad de madre !

Tras el descendimiento, Jesús muerto en brazos de María. ¿Qué sentías Madre? ¿Recordabas cuando Él era pequeño y lo acurrucabas en tu regazo?. Por este dolor te pido, Madre mía, morir entre tus brazos.

Pero esta noche María de las Angustias no está sola. Sin separarse de ella, sones de trompetas y tambores anuncian la muerte ya consumada. Ella camina arropada por su Centuria Romana, que tanto la quieren, que la custodian.

Llantos en la noche. Llantos,
redobles que salen del alma,
brillan celadas de cascos,
marcan el paso de la Angustiada.

Son los romanos blancos,
esos que menean sus capas,
esos que por Ti darían,
hasta el último trozo de su alma.

Desaparece por unos instantes la Dolorosa y se hace de nuevo el silencio. Solo se oye una campana: ¡ Aparece el Cristo Muerto !

En la Historia de la Salvación, hubo una hora, la de "nona" en la que fue matado el Salvador.

Se cubrieron de luto los montes
a la hora de nona.
El Señor rasgó el velo del templo
a la hora de nona.
Dieron gritos las piedras en duelo
a la hora de nona.
Y Jesús inclinó la cabeza
a la hora de nona.

Por ello, entre el bullicio y la admiración, en nuestras calles emerge la sobriedad, el respeto, la seriedad. Desde el cura hasta el Alcalde todos te acompañan. Tan importante eres Señor.. ?.

Yo no sé Señor, si al ungir y preparar tu cuerpo para enterrarlo, Nicodemo y José de Arimatea sabrían que no enterraban sólo un cadáver: sepultaban a todos los que habían creído en ti. En tu sudario iban los pobres, los pacíficos, los perseguidos, los explotados.

Custodiado por cuatro ángeles avanzas lentamente. Casi no puedo percibir cuando has parado. Tan solo la campana me recuerda que estás aquí. Y lentamente avanzas....

Tras de ti, como testigos de tanto dolor, te siguen las tres Cruces parroquiales, que darán paso al tumulto con el que en Baena, una vez más, se narran esos días de la Pasión.

Nuevamente los Evangelistas nos recuerdan el motivo de la persecución y muerte del que les precede. La Palabra. La promesa de un nuevo Reino en los Cielos. No se podía consentir aquello. De nuevo cuatro Evangelistas escenifican "el paso", entre miedos y esperanza.

Esta noche quien acompaña en este caminar a los Evangelistas, es la Turba de judíos coliblanco. Otra vez, en Baena ponemos sonido a las escenas que revivimos. Ahora los tambores de los judíos coliblanco tocan a dolor y luto por el Cristo yacente.

En su lento caminar, cajas y cajas no paran de golpear nuestras conciencias. Hemos matado al Salvador, y el pueblo, nosotros, dimos preferencia a Barrabás, símbolo de las maldades humanas.

A la turba blanca le siguen los romanos del centurión, que en esta noche son los Sayones. Una cuadrilla más de la turba blanca, pero que a diferencia de aquellos, amén de vestidura diferente, cambian el tambor por alabardas, que en esta noche inclinan como muestra de respeto.

Ellos representan el pasaje en que, tras la muerte de Jesús, fue despojado de su túnica. Con un juego de dados, los sayones nos muestran aquel triste reparto.

Pero en aquellos momentos lúgubres del Gólgota, los soldados romanos no estuvieron solos con el ajusticiado. Le acompañaban algunos de sus seres queridos, entre ellos su Madre y el discípulo a quien Él amaba. Su amigo Juan.

Ahora la noche me acerca una hermandad a la quiero de un modo especial. Soy la segunda de tres generaciones que han procesionado junto al amigo del alma, a ese Juan a quien Jesús le mostró a su Madre, al tiempo que ella ganó a un hijo.

En mis ojos se dibuja una sonrisa de felicidad cuando una mano pequeña me saluda entre las filas y me retrae a los momentos que en

esta hermandad viví. Son varias las cofrades que mi familia aporta a esta devoción Sanjuanera. Para ellas todo mi cariño.

Volviendo al espíritu que aquel amigo Juan debe inspirarnos hoy creo justo reconocer valores que tan solo en él vió el Maestro. Por eso sus costaleros no quieren perder la senda dolorosa que va dejando el Señor.

Alguien te sigue de cerca.
Alguien a quien tu amas.
Ese alguien quiero ser yo.
Quiero escuchar tu palabra.
Notar tu mirada cerca.
Ayudarte en lo que pueda.
Esta noche quiero ser tu amigo,
cuanto daría por ser Juan,
Y compartir contigo tu pena.

Y entre el claro redoble de los judíos acompañantes y el sonar de la campana que marca el arranque del triste caminar, ya se oyen los tambores del luto. Ya vienen los Enlutaos.

Como sombras del alma se nos muestran dos hileras de lamentos. Sordos toques que golpean en nuestras conciencias. Sobriedad por el que ha muerto. Aldabas sonoras en la noche triste. Tambores roncós que nos desgarran.

Son judíos arrepentidos, y razón no les falta. Con luto pagan la afrenta a la divina Palabra.

Al fondo de las dos filas ya redoblan tres tambores. Blancos en la noche oscura. Tambores que muestran su pena. Tambores que nos acerca a la mujer valerosa. Ya pasa María Magdalena.

Y ya para finalizar, la viva imagen del dolor por el Hijo muerto. Aquí llega la Madre, la dolorosa, que esta noche amén de la tutela de Juan, ha quedado sola. Desde el pesebre hasta el sepulcro, la Madre ha hecho del dolor un compañero inseparable.

La profecía se ha cumplido : ¡ Jesús ha muerto ¡ y ahí va María llorando a su Hijo.

Nos bastaron tres horas para acabar con Él, rompiéndolo y desfigurándolo. María lo miraba atónita y no acababa de identificarlo: "Lo que yo les entregué, y lo que ahora me devuelven". El regreso del Hijo a la Madre. Su regazo se abría como una playa acogedora para recibir en ella los restos de un naufragio; todo lo poco que quedaba tras la galerna de la Pasión, y que el mar depositaba en la playa de María.

Virgen de la Soledad:

Por tu hijo muerto, concédeles a todas las madres, ser siempre playas desiertas, abiertas para recibir a sus hijos, vengan como vengan, después de las tormentas y los naufragios de sus vidas.

Y anima, Señora, a los hijos, estén como estén, a regresar a la playa de la madre. En este regazo pueden recomponerse todas las roturas.

Las velas que la acompañan también lloran, y las flores la consuelan. Entre las velas y las flores, la flor más bella.

Entre luces de bengalas, la Soledad se recoge de nuevo en el templo. Allí la encontraremos siempre.

Ya se han recogido todas las hermandades, la cofradía se ha encerrado. Un año más hacemos balance del dolor y abrimos las puertas de la esperanza. Ya se avecina la luz, pronto se hará la mañana.

SÁBADO DE GLORIA

El sábado de gloria contiene la celebración más importante de todo cristiano. Con ella se cierran los Santos Oficios. Celebraremos la Vigilia Pascual. En ella la oscuridad de la muerte dará paso a la luz de la resurrección anunciada.

El cirio pascual será llama para nuestras vidas en la fé y luz de guía para nuestros actos.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Y por fin, el Aleluya. La mañana del Domingo de Resurrección es la consecuencia de que tanto dolor transcurrido no podía terminar en un sepulcro de piedra. Lo prometido se hace realidad. Cristo ha resucitado y en esta nueva vida se despoja del sudario, porque ya no quiere la muerte.

Tras la Eucaristía de la Resurrección, se inicia el desfile de esta cofradía, que lleva la alegría a las calles de nuestro pueblo. María Magdalena hará reverencia al Cristo Resucitado en la puerta de Ntra. Sra. de Guadalupe.

Y no hay mejor manera de poner en alerta nuestra atención que los acordes de la Centuria Romana. Gastadores triunfantes, cornetas jubilosas y redobles que suben al cielo acompañando al Resucitado.

Jesús Resucitado, esta hermandad consta de dos cuadrillas, una de túnicas blancas y la segunda, más reciente, de tambores roncós, que hoy visten con el color del cielo.

Con tambores roncós van marcando el camino glorioso, y hacen de costaleros de su Señor.

Y de modo recurrente, en Baena, de nuevo el evangelio se hace calle y de nuevo los judíos, hoy colinegros, llenarán de sonido y color nuestras calles.

Hoy la turba negra rinde culto a su segunda titular, Nuestra Señora del Rosario. Quiero destacar en este punto, que fue mi cuadrilla, la Quinta, presidida por D. José Gan, quien inició su participación en esta Real Archicofradía.

Ayer los judíos reverenciaron al Nazareno y hoy lo reviven ante el Resucitado. La Pasión y la Vida.

Y otra vez, Baena nos muestra por sus calle a María Magdalena. Pero hoy , revestida de hermanos de blanco y amarillo, dan luminosidad a nuestros corazones.

Hoy no recogerá en su cáliz las gotas de sangre de su Señor, sino que hoy lo convierte en el símbolo de la nueva vida a la que estamos llamados por el camino de la fe.

Y para poner el sentimiento de Madre en este día glorioso, hoy se nos muestra la Virgen del Rosario, quien desde su palio parece decirnos a todos los baenenses que hicimos bien creyendo en la resurrección. Que delante llevamos a su Hijo. Que como dije al principio de este pregón,

Ojalá no lo volvamos a matar.

No he podido encontrar mejor deseo para terminar mi exposición, por ello, tan solo me queda despedirme, y me van a permitir ser de nuevo agradecido,

Hoy no solo quiero cantarte Baena
hoy quiero saldar mi deuda contigo.

Gracias Baena por haberme permitido volver a mi niñez
cuando por primera vez me abriste tu mirada.

Gracias Baena por dejarme orar mil veces junto a ti
acunando mis miedos en tus olivos milenarios.

Prisionero me tienes contigo Baena,
nunca hubo unas ataduras tan dulces. Soy tu humilde siervo.

Ni siquiera en las oscuras noches de la incompreensión
me faltó tu Perdón Baena. Siempre en silencio me enseñaste el camino.

Baena de calles empinadas, camino duro a veces en mi vida.
Quiero agradecerte que en ti encontré mi guía. Mi luz divina. Mi Nazareno.

Cuatro veces te he prendido y tu siempre serás mi dueño.

También Baena me mostraste el dolor de la muerte.
Mi corazón se ha sentido angustiado y solo. Me falta mi madre.

Pero también Baena supiste mostrarme la luz de la vida
cuando todo eran tinieblas y dudas.

Y por ello Baena hoy te vuelvo a dar las gracias
Gracias por sentirme tu hijo premiado

Premiado con el cariño que hoy puedo ver en vuestra mirada
y sentir desde vuestros corazones. Gracias Baena.

Recompensado por permitirme dibujar tu sentimiento cofrade
Mi sangre ha querido ser la tinta
y tu Baena, mi fuente del conocimiento.
Mi pluma se mueve con redobles rojos y moraos.

Mi señora me serena en un Rosario de cariño
y me señala con su mirada mi destino.

Mañana no sé que será de mí,
pero hoy todo lo que me sucede es bueno.
Gracias por haberme puesto a los pies de
Nuestro Padre Jesús Nazareno.